



Luigi Pirandello

EL VIAJE

Traducción de José Ramón Monreal

EDICIONES  INVISIBLES



Desde hacía trece años, Adriana Braggi no salía ya de la casa antigua, silenciosa como una abadía, donde de jovencita había entrado como esposa. No la veían ya ni siquiera detrás de los cristales de las ventanas los escasos paseantes que de tanto en tanto subían por aquella empinada calle en cuesta, tan solitaria que en ella la hierba crecía entre los cantos rodados formando matojos.

A los veintidós años, tras apenas cuatro de matrimonio, con la muerte de su marido casi había muerto también ella para el mundo. Ahora tenía treinta y cinco, y vestía aún de negro, como el primer día de la desgracia; un pañuelo negro, de seda, le ocultaba su bonito pelo castaño, descuidado ya, apenas peinado con una simple raya en medio y

recogido en un moño en la nuca. Su rostro pálido y delicado, sin embargo, reflejaba una serenidad dulce y triste.

Nadie se maravillaba de esa clausura en aquella alta ciudad de mala muerte del interior de Sicilia, donde poco faltaba para que las rígidas costumbres impusieran a la mujer seguir a la tumba al marido. Las viudas debían permanecer encerradas así en perpetuo luto, hasta la muerte.

Por lo demás, a las mujeres de las pocas familias señoriales, ya fueran jóvenes solteras o casadas, no se las veía casi nunca por las calles; salían únicamente los domingos, para asistir a misa; alguna rara vez por las visitas que de tiempo en tiempo se hacían entre ellas. Rivalizaban entonces con riquísimos vestidos de última moda, hechos traer de las más importantes sastrerías de Palermo o de Catania, así como con pedrería y joyas de oro valiosísimas; no por la coquetería, pues iban serias y ruborosas con los ojos fijos en el suelo, incómodas, pegadas al marido, al padre o al hermano ma-

yor. Esta ostentación era poco menos que obligada; las visitas o los cuatro pasos que daban hasta la iglesia eran para ellas auténticas expediciones que había que preparar desde el día antes. El decoro del linaje podía verse menoscabado, y los hombres se ocupaban personalmente de ello, mejor dicho, eran ellos los más puntillosos, pues querían demostrar de este modo que sabían y podían gastar por sus mujeres.

Siempre sumisas y obedientes, éstas se arreglaban como ellos querían, para no dejarles en mal lugar; tras esas breves apariciones regresaban tranquilas a sus quehaceres domésticos, y, si estaban casadas, procuraban traer hijos al mundo, todos los que Dios tuviera a bien mandarles (ésta era su cruz); si eran solteras, esperaban a que un buen día alguno de sus parientes les dijera: cástate con éste, y se casaban con él; los hombres estaban tranquilos y satisfechos de aquella sumisa fidelidad sin amor.

Sólo la fe ciega en una recompensa en la otra

vida podía hacer soportar sin desesperación la interminable vida y pesada tristeza en que pasaban sus días, uno tras otro idénticos, en aquella ciudad montañesa de mala muerte, tan silenciosa que hubiérase dicho casi desierta, bajo el azul intenso y ardiente del cielo, con las callejuelas angostas, mal empedradas, entre las toscas casitas de piedra y cal, con los desagües de los canalones de greda y los tubos de hojalata al descubierto.

Si uno avanzaba hasta donde terminaban aquellas callejuelas, la vista de la extensión ondulante de las tierras quemadas de las azufreras resultaba imponente. Seco el aire, seca la tierra, de cuyo silencio inalterable, adormecido por el zumbido de los insectos, el estridor de algún grillo, el canto lejano de un gallo o el ladrar de un perro, exhalaba penetrante en medio de la deslumbrante luz del mediodía el olor de muchas hierbas mustias, del estiércol esparcido de los establos.

En todas las casas, hasta en las pocas señoriales, faltaba el agua; en los amplios patios, así como en

lo alto de las calles, había viejas cisternas a merced del cielo; pero aun en invierno llovía poco, y cuando lo hacía era una verdadera fiesta: todas las mujeres sacaban sus lebrillos y pozales, tinajillas y barreños, y se quedaban luego junto a la puerta con las faldas de barragán recogidas entre las piernas viendo el agua de lluvia correr torrencialmente por las empinadas callejuelas, oyéndola gorgotear en los canalones y por dentro de los caños y gruesos tubos de las cisternas. Se limpiaban los cantos rodados, se limpiaban las paredes de las casas y todo parecía respirar más ligeramente en la fragante frescura de la tierra mojada.

De un modo u otro, los hombres encontraban en la diversidad de sus quehaceres, en la lucha de los partidos municipales, en el café o en el casino, por la noche, dónde distraerse de alguna manera; pero las mujeres, a quienes desde la infancia se obligaba a esterilizar todo instinto de vanidad, casadas sin amor, luego de haber atendido como criadas las tareas de la casa, siempre las mismas,

languidecían miserablemente con un niño en el regazo o con el rosario en la mano, en espera de que el hombre, el amo, regresase a casa.